

EL DIAGNÓSTICO DE GIORGI COLLI SOBRE LA “CRISIS DE LA MODERNIDAD”

Giorgio Colli, *El libro de nuestra crisis*, Barcelona, Paidós, 1991.

De acuerdo con Eugenio Trías, la noción sistematizadora de la obra de Colli se encuentra, ante todo, en la interpretación que ofrece de la naturaleza del *Logos* o, dicho de otra manera, la idea de racionalidad manejada por los autores presocráticos.

De acuerdo con tal propuesta de interpretación, el *Logos* antes que ser un instrumento técnico diseñado para conquistar el poder de la Polis —tal y como de hecho fue comprendido por los sofistas—; es una forma profunda y milenaria de sabiduría. Se trata, para Colli, de una sabiduría originaria que nace del enfrentamiento o lucha del *Logos* con el fondo oscuro, primordial, violento de la realidad. Por

ello le corresponde a la naturaleza del *Logos* un carácter polémico y agonal.

Colli sostiene que el mito es el espacio que proporciona un sustrato material al *Logos*. La sabiduría en que consiste el *Logos* estriba, por tanto, en ese enfrentarse de la racionalidad con el misterio para arrancarle su sentido y significado. La sustitución de un *Logos* originario, agonal y dialéctico por uno espureo, es decir, contaminado por una concepción instrumental, habría marcado irreversiblemente el desarrollo de la historia cultural de Occidente. En consecuencia, sería ésta una influencia negativa que ayudaría a explicar algunos rasgos de la crisis cultural de la actualidad.

Desde esta perspectiva, la crisis de la modernidad que hoy día padecemos es el resultado de una suerte de desorden racional que es, precisamente, el resultado del desarrollo y puesta en práctica de los postulados del “proyecto de la modernidad”. Tales postulados son, dicho de una manera muy esquemática, un conjunto de principios excesivamente optimistas sobre la capacidad de la razón humana para alcanzar las verdades o certezas

profundas del mundo y del hombre. Son, por lo tanto, principios optimistas y acrílicos, como la experiencia histórica ya mostrada hasta la saciedad, que particularmente entrañan profundos peligros a la hora de guiar la conducta práctica de los hombres y de los pueblos.

En efecto, la ciega confianza en la capacidad humana por alcanzar la verdad concebida en términos únicos e incontrovertidos suele devenir, por lo general, en un racionalismo dogmático e ideológicamente totalitario.

Ello suele implicar con suma frecuencia que desde esa concepción de razón universal se pretende justificar la imposición de una forma de vida y de comprensión hegemónica que no tiene reparos en "sacrificar" a los seres humanos en un altar abstracto que puede ser denominado como: el Partido, la Nación, el Progreso, la Iglesia, las Leyes de la Historia, etcétera.

Por lo demás, cabe destacar que Giorgio Colli es uno de los contados y, por tanto, "raros" filósofos del presente que enjuicia sin miramientos, con justeza y con verdadera y necesaria dureza los impresionantes y graves excesos de una época como la nuestra, caracteriza-

da por ser tan ilusa, desordenada, autocomplaciente y ciega.

La crítica de Colli al mundo contemporáneo arranca de una crítica a la organización de la cultura en dicho mundo. Ello por la obvia razón de que la cultura y sus frutos son la manifestación más tangible y objetiva de la vitalidad del hombre y de su modo y calidad de civilización.

Para Colli, la decadencia de la cultura es la expresión de, entre otros factores, una inadecuada relación del hombre con su entorno. En efecto, la relación del hombre moderno con su entorno natural y con su propio cuerpo debe obedecer a un "equilibrio natural" entre los estímulos externos del mundo y las actividades espontáneas de los individuos. Sin embargo, en nuestra época moderna dicho equilibrio se ha perdido. Los hombres de hoy son seres dominados por el mero estímulo y sin capacidad de apelar a sus fuerzas internas y a su espontaneidad.

No se puede, ciertamente, alcanzar o construir una cultura vital, creativa, si el ideal de esa misma cultura es la pereza como nos advierte Colli. Tal vez el mejor ejemplo de esta equívoca y peligro-

sa relación entre el hombre y su entorno sea la pretensión desmedida de la modernidad por suprimir o, más bien, falsear las distancias y los límites naturales que emanan de las realidades físicas del espacio y del tiempo apoyándose en el poder de la técnica.

Pero la modernidad no solamente combate la espontaneidad del hombre de cultura, sino que también destruye aquellas condiciones o factores imprescindibles para crear una comunidad cultural viva y creativa. El Estado pasa a controlar por entero la esfera de la cultura haciendo que sus intereses y valores se vuelvan hegemónicos. Para Colli, de hecho, el hombre de cultura en el mundo moderno es un hombre condenado al aislamiento, a la soledad, al abandono y, en los casos extremos, a la incompreensión, el ostracismo e, incluso, a la locura o al suicidio.

Sin embargo, el mismo autor nos da la respuesta quizá más eficaz y, en cierto sentido, esperanzadora que los individuos concretos y dotados de fortaleza interior comúnmente han manifestado frente al poder subyugador de ese mecanismo de control y dominación que es el Estado. Se trata de la

grandeza de espíritu o de carácter que el hombre de cultura puede ejercer si la posee o la conquista.

La grandeza de espíritu no es, por supuesto, ni renuncia, ni abdicación o resignación. Es más bien una suerte de resistencia activa-pasiva que reconduce al individuo hacia su interior y le permite encontrar dentro de sí un espacio para la sobrevivencia de su propia riqueza y su propia identidad.

En realidad, la grandeza es una virtud —más que activa o pasiva-contemplativa. Es la actitud de quien logra mantener la ecuanimidad e incluso alcanza a mantenerse indiferente frente a la buena o mala suerte. La grandeza es, por tanto, un eficaz mecanismo para lograr sortear o sustraer a la propia condición humana del torrente del conflicto y de la violencia siempre presente y constitutiva de los dinamismos de la vida.

El segundo grupo de críticas de Colli a la modernidad se aglutinan en torno a la denuncia de la subordinación de la filosofía a la ciencia.

Para Colli, la condición de la filosofía contemporánea se caracteriza por presentar los rasgos siguientes:

1. Falta de escuelas, de tradiciones de reflexión autónomas o, en todo caso de una vida filosófica concreta asociada con los problemas y desafíos de la vida cotidiana.

2. Falta de concepciones cósmicas mientras que, en contrapartida, se fortalece la tendencia antropocéntrica que tiene como principal consecuencia la pérdida o la ruptura del contacto con el universo.

3. Grave ruptura con la tradición en virtud de la excesiva preocupación por los cultivadores de la filosofía por ser originales.

Expresión de ello es el sorprendente desarrollo de la terminología escolar-técnica continuamente en revolución pero que revela, asimismo, un impresionante desconocimiento y desdén hacia el trabajo filosófico de los demás.

4. La reflexión filosófica pierde

el sentido del objeto y desconoce el significado de la intuición.

5. Finalmente, la filosofía se encuentra en un crónico estado de desorden racional al punto de pretender por generalidad construir sistemas sin establecer los correctos y debidos fundamentos.

Bajo este panorama, Colli puede darse el triste privilegio de declarar la defunción de la reflexión filosófica. Ello debido a que la filosofía ha dejado ya de ser una expresión cultural para transformarse en una suerte de disciplina obsesionada, en su complejo de inferioridad frente a la fuerza utilitaria de la ciencia, por analizar problemas particulares desprovistos de toda originalidad, transcendencia y vocación metafísica.

Angel Sermeño